

Diego Gabriel Dolgopol



Los anticuerpos

La depuración ideológica del tercer
gobierno de Perón, 1973- 1974

Diego Gabriel Dolgopol

Los anticuerpos

La depuración ideológica del
tercer

Gobierno de Perón, 1973-1974

Para Myriam, mi compañera de siempre.

Para mis hijos, Julieta, Tomás y Mateo.

Para todos los que aportaron a mi formación.

A quienes bregaron por otro mundo, en su memoria.

Introducción

“la Juventud Sindical Peronista es el brazo político que decide crear los anticuerpos necesarios para defender el movimiento” (El Caudillo, 23-11-1973).

Dos cuestiones vienen a mi mente al intentar explicar porqué me puse a trabajar en este libro. Allá, a mediados de los noventas, vi por primera vez el documental “Cazadores de Utopías”, de David Blaustein. Por supuesto abunda en críticas hacia Perón, pero la que llamó más mi atención fue la intervención de Martín Caparrós, cuando decía: *Perón era algo que había que soportar porque bueno, porque era así.*

Estaba todo el tiempo semi cagándote. Entonces vos tenías que salir a explicar que te había dado una palmada en la espalda cuando en realidad te había dado terrible patada en el orto.

Luego, en 2011, me encontraba haciendo un seminario de Historia Argentina del siglo XX en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, con un conocido historiador de la “Izquierda Nacional”. Daba esa clase uno de los profesores que colaboraba con él, y llegó, lógicamente, la cuestión de la violencia en el tercer gobierno de Perón: Villar, Margaride, López Rega, etc.

Entonces pregunté si podían darse semejantes niveles de violencia desde el Estado sin conocimiento y consentimiento de Perón. Un fuerte murmullo recorrió el aula. El profesor –por otra parte, un muy buen profesor– dio consi-

derables rodeos para terminar admitiendo que “no podían darse ese tipo de sucesos sin el conocimiento de las más altas autoridades”. Me llamó la atención cuánto le costó decirlo. El “no jodan con Perón” con el cual el sindicato La Fraternidad había empapelado Buenos Aires había pasado hacía rato; se suponía que venía de sectores más ortodoxos. Sin embargo, desde el “progresismo” peronista, en ese momento supuestamente encarnado en el kirchnerismo, el tema también producía una fuerte incomodidad.

Es que se ha impuesto una forma de pensar absolutamente inmovilizadora.

Si planteo que durante el tercer mandato de Perón de cometieron crímenes aberrantes que él no podía desconocer, y que además los avaló, me puedo encontrar con:

a-La indiferencia.

b-Que se me acuse de “ser funcional a la derecha”.

c-Que se me acuse de “gorila”.

d-Que se me enrostre la mejora en las condiciones de vida en la clase trabajadora en los dos primeros gobiernos peronistas, como si uno lo negase y como si una cosa justificase la otra.

e-Que se me iguale con quienes sentían desprecio por las clases subalternas de 1946 en adelante, con mitos tales como que levantaban el parquet para hacer asado, etc.

Nada de eso. Se trata de salir de la imagen del líder infalible. Este libro pretende modestamente hacer visible una verdad que ya creemos irrefutable: Perón consintió e impulsó crímenes aberrantes contra la izquierda en general,

contra la de su Movimiento en particular, y a veces contra simples opositores, como el caso de Hipólito Solari Yrigoyen.

Tampoco estuvieron exentos quienes escapaban de furiosas dictaduras de países limítrofes. Este accionar fue el germen del genocidio del 76.

Esto nos introduce en otro problema, que no podremos dejar aquí resuelto, pero sí planteado: ¿puede considerarse al período 73-76 como democrático? Si bien la llegada al poder de Perón por tercera vez es incuestionable ¿basta con el sólo funcionamiento formal de las instituciones para hablar de democracia? ¿Puede revisarse este concepto, cuando un gobierno elegido en comicios limpios echa mano a métodos ilegales de represión, y a legislación de una dictadura anterior? Queremos entonces, con el relato que sigue, poner en cuestión este punto: la inclusión del tercer gobierno de Perón y de su esposa como parte de los gobiernos democráticos de la Argentina del siglo XX. No sólo por los aspectos represivos más concretos –torturas, asesinatos, etc.- sino también por impulsar –aunque no eran una novedad-conceptos como el de infiltrado, subversivo, apátrida, que serían ampliamente utilizados por los golpistas del 76. Y no para quienes, en última instancia, violaban el código penal, sino para la simple oposición ideológica.

No puede hablarse de “desbordes”. Ningún gobernante puede garantizar que sus fuerzas de seguridad no los cometan. Pero aquí entran a jugar dos cuestiones. Una: que actitud toma ese gobernante frente a ellos. Dos: si bien en la derecha fascista del peronismo en el período que estudiamos actuaron fuerzas policiales, actuaron también numerosos grupos que venían del sindicalismo o, directamente,

de la delincuencia, y fueron reclutados para tal fin. Y se articularon entre sí.

Tampoco se pretende cargar las tintas sobre Perón para exculpar a las organizaciones armadas. Simplemente no son ellas el objeto de estudio de este libro. Pero, en todo caso, sufrieron la violencia fascista entre el 12 de octubre de 1973 y el 1 de julio de 1974 muchas otras personas de la política, del sindicalismo y de la cultura, que simpatizaban, que colaboraban de forma absolutamente periférica, o que nada tenían que ver con ellas. Lo cual no justifica, de todos modos, el accionar para estatal y terrorista contra quienes si integraban organizaciones armadas.

Somos también de la idea de que no se trata únicamente de algún tipo de perversión personal del viejo Líder o de algún integrante de su entorno más cercano. Entendemos que había una clase social que reclamaba orden, y que estaba dispuesta a ir cada vez más lejos para conseguirlo.

Por supuesto somos conscientes que la violencia para-estatal no nació con Perón. La burguesía argentina ha echado mano a ella siempre que fue necesario, e incluye también al otro gran caudillo popular del siglo XX, Hipólito Yrigoyen. Basta mencionar solamente a la Liga Patriótica, actuando en verdaderos pogroms durante Semana Trágica, o los fusilamientos de la Patagonia. Cuando Kurt Wilckens atenta contra el Coronel Varela, éste no estaba ni encarcelado, ni siendo juzgado ni degradado.

También fue dura la policía en los dos primeros gobiernos de Perón, y también fue usual el uso de la picana eléctrica, entre otras sutilezas. Pero – como señala Verbitsky-es uno de sus ejecutores, el Teniente Coronel Osinde, quien viene junto a Perón en el 73. ¿Podía Perón desconocer estos antecedentes de dicho personaje?

Por otro lado, veremos cómo el general se recuesta en el sindicalismo que negoció con la dictadura, que lo traicionó y que hizo muy poco por su regreso. Lo hará también en notorios criminales que habían sido expulsados de las fuerzas policiales, y, en general, en un lumpenaje de todo calibre.

Toda la que fue la plana mayor de la Triple A fue nombrada por él.

El 18 de octubre de 2006, los restos de Perón son trasladados a la quinta 17 de octubre, en San Vicente. Más allá de la bochornosa batalla campal entre sectores del sindicalismo que precedió al acto, recuerdo que a la vera del camino, un hombre de avanzada edad, sostenía una pancarta. En ella se leía: "General, gracias por el Estatuto del Peón de Campo". ¿Pretendemos desconocer o minusvalorar los avances en materia social que se verificaron durante el período 1943-1955? Nada más lejos de ello. Pero creemos valioso poner en cuestión el hecho de que una figura de la importancia de Perón, que efectivamente significó un mejoramiento en las condiciones de vida de tantos argentinos, puede quedar intocada cuando se trata de su responsabilidad en torturas y asesinatos.

¿Justifican los años dorados de la clase trabajadora bajo el peronismo una muerte? ¿Justifican los beneficios sociales –sin duda inéditos en la Argentina de pos-guerra- la picana eléctrica en los testículos de un detenido?

Mas que traer certezas –lo cual sería un poco soberbio de nuestra parte-se pretende generar preguntas para pensar el rol que jugó entre setiembre de 1973 y julio de 1974, nada más y nada menos que el hombre que partió en dos la historia argentina del siglo XX.

Nos adentraremos en estas cuestiones entonces. El texto que el lector tiene en sus manos, fue pensado para una lectura ágil, que brinde un panorama claro del tema en cuestión, pero evitando en lo posible notas al pie y excesivas llamadas que entorpezcan el recorrido. No es, por lo tanto, -como se notará fácilmente-un texto académico, ni en su forma ni en sus pretensiones. Sin embargo, hemos sido muy respetuosos con las fuentes, y hemos consultado, sobre todo, la prensa de la época, como la mejor forma -a nuestro entender-de brindar de alguna manera una visión del espíritu del período que abordamos.

Este trabajo fue realizado por alguien que vive de dar clases en enseñanza media y superior no universitaria. Por lo tanto, forman parte de su elaboración momentos de descanso en una sala de profesores, viajes en colectivo, visitas a bibliotecas públicas, etc. Esa forma de trabajo le da un sabor especial, ya que me ha implicado un esfuerzo extra. Pero creo que ha valido la pena.

Ojala el ocasional lector opine lo mismo.

Capítulo I

“el General Perón puede estar tranquilo, porque mientras nosotros tengamos la Juventud Sindical Peronista que tenemos, jamás entrarán en nuestro gremio los bichos colorados” Felix Cuello, vicegobernador de la provincia de Santa Fe. (Noticias, 17-12-1973).

El peronismo en el poder: ¿fin del empate?

Los años que van desde 1955 a 1973 son planteados, desde el peronismo, como los años del “empate”, en los cuales esta fuerza política no puede recobrar el poder, pero tampoco permite que se consolide. Por otra parte, cualquier partido que accediese al gobierno en esas condiciones, iba a ser irremediabilmente ilegítimo con el partido mayoritario proscripto.

Este punto de vista ha ganado terreno en la historiografía sobre el tema.

Sin embargo, podemos plantear –y sostener– otra visión: la burguesía argentina ya ha probado diversas fórmulas para disciplinar al movimiento obrero y a sectores revolucionarios; ninguna ha sido exitosa. Sólo resta permitir el regreso de quien, con su prestigio y su autoridad dentro del peronismo, podía recrear las condiciones de “normalidad” para relanzar la acumulación capitalista.

Las características del movimiento que vuelve al gobierno en 1973 no eran las anteriores al derrocamiento de

Perón. Habían transcurrido dieciocho años de proscripción en el marco de la Guerra Fría y se ponía de manifiesto la radicalización de una parte importante de la sociedad, que percibía al capitalismo como esencialmente injusto y pensaba que debía y podía ser reemplazado. La variedad de vías y proyectos para ese cambio y sus características eran muchas y variadas.

Por lo demás, podemos decir que el peronismo, fuera del poder, sea por la retórica del líder, o por las posiciones que van ganando esos sectores propensos al cambio –y que abrevaron en otras tradiciones ideológicas– se había corrido a la izquierda. Y el intento de eliminarlo de un plumazo de la vida política argentina se había mostrado del todo ineficaz.

Uno de los caminos adoptados por quienes impugnaban el capitalismo era la lucha armada. Algunos creían que esta transformación era imposible sin el movimiento mayoritario. Otros, fuera del peronismo, desconfiaban profundamente de su conductor.

Tampoco todos los sectores –los que optaron por la violencia y los que no-coincidían en la profundidad del cambio. Unos, planteaban iniciar un proceso que finalmente llegase a “barajar y dar de nuevo”, ante estructuras sociales que consideraban caducas. Otros, apostaban a lo paulatino, y a que el itinerario de este cambio generase mejores condiciones de vida pero sin transformar radicalmente el lugar que cada uno ocupaba en la sociedad. Y otros –finalmente– detentaban posiciones de privilegio, que aspiraban a conservar y/o aumentar.

Estos últimos se encontraban, por lo general, fuera del peronismo, oscilando sus sentimientos desde la preocupación hasta el pánico. Los más lúcidos, sin embargo, esta-

ban resignados a tolerarlo, si esto significaba encauzar este verdadero hervidero que significaba el amplio abanico de expectativas y demandas insatisfechas, para que se desplegara sin poner en cuestión el orden social existente.

Y es justamente esa amplitud uno de los pilares del problema. El Perón del exilio los necesitaba a todos –se hablaba jocosamente de su “abrazo eléctrico”, en referencia a la instantaneidad con que los prodigaba a personajes del más diverso pelaje ideológico-para que su movimiento retomase el poder. El tiempo demostraría que jugó con fuego de forma al menos irresponsable, teniendo una desmedida confianza en su autoridad. Y que, además, su objetivo era reencauzar el orden que la burguesía reclamaba.

El general había explotado, en el exilio, el concepto “socialismo nacional”.

Qué entendía Perón por eso, y qué interpretaban los demás, fue tema de interminables confrontaciones y debates. Richard Gillespie señala, con razón, que fue en este terreno, deliberada y prolijamente ambiguo. José Pablo Feinmann afirma que, en la película de Getino y Solanas “Actualización doctrinaria para la toma del poder”, hay enormes esfuerzos por arrancarle una definición revolucionaria que Perón no les da. Solamente lanza el famoso “para el enemigo ni justicia”, que utilizará luego para aplastar toda disidencia, sobre todo en su movimiento.

En otro reportaje, realizado por Tomás Eloy Martínez, había dicho:

Así fui parar en los años treinta a Italia. Elegí Italia porque allí, indudablemente, se estaba produciendo un... digamos, un ensayo de un socialismo nuevo en el mundo. Hasta entonces el socialismo había sido el socialismo dogmático, marxista. Allí, en Italia, se estaba produciendo un

socialismo sui géneris, un socialismo nacional, un socialismo italiano, que era el fascismo. Ese mismo fenómeno se producía también en Alemania.

Con esta cita no pretendemos caer en el reduccionismo de simplificar a Perón como un fascista. Creemos que no lo era; el peronismo no reunía todas las características de dicho movimiento. Aunque no tenía inconveniente en codearse de fascistas de todo pelaje, si eso sumaba. Pero es evidente que de allí, a un proceso que pusiese en cuestión la propiedad privada de los medios de producción y diera el poder a la clase trabajadora, había distancias enormes.

Tal vez quien planteó una definición más cercana, por oposición, fue Vicente Solano Lima, compañero de fórmula de Cámpora. Curioso: lo hace en plena euforia, con Dorticós y Allende flanqueando a Cámpora el día de la asunción: *Con la expresión "socialismo nacional" salimos al cruce a otra cosa: salimos al cruce al socialismo marxista. Entre lo que el socialismo nacional es, está lo que no es: socialismo marxista.*

Imaginamos que esta definición de Solano Lima, en un clima de euforia como el del 25 de mayo del 73, no debe haber tenido amplia audiencia. Lo cierto es que, habiendo jugado con esta ambigüedad, Perón castigará duramente a quienes se aparten de la doctrina justicialista.

Entonces, será éste un problema fundamental. Para decirlo en pocas palabras: para el sector más ortodoxo del peronismo, el objetivo de máxima era retornar a los años gloriosos. Un nacionalismo que redistribuya, un capitalismo con cierta tendencia a la autonomía, una alianza de clases donde la fuerte presencia del Estado fuese a conciliar y/o laudar en las inevitables contradicciones. Y allá, por encima

de todos, un conductor, que ejercía una “conducción pendular”, es decir, inclinándose tanto a derecha como a izquierda, de acuerdo a las necesidades del momento, para mantener el frente unificado, con la burocracia manteniendo sus posiciones de privilegio. Recordemos, aunque no es objeto del presente trabajo analizar este punto, que es el esquema que hace eclosión entre 1954-55.

Por otro lado, los sectores que – también desde el peronismo-apostaban al cambio más profundo, que se oponían a la derecha del movimiento, y que se habían visto alentados por las referencias del propio Perón en lo relativo a que el mundo marchaba inevitablemente a la liquidación de un capitalismo caduco, tomaban el esquema que describimos antes como la base, como la plataforma desde la cual partir para avanzar hacia el socialismo. ¿Por qué?

Porque, entre otras cosas, este cambio radical no podía encararse desde afuera del movimiento mayoritario.

Ahora bien, vemos que esta radicalización dentro del peronismo se da en la confluencia de una serie de organizaciones conocidas en conjunto como la “Tendencia”, por representar una tendencia revolucionaria dentro del movimiento. Estas organizaciones fueron creadas por Montoneros, de acuerdo con el sector social al que pretendían abarcar. Eran ellas la JP

(Juventud Peronista, que ya había conocido una fundación anterior, a principios de los sesentas), la JTP (Juventud Trabajadores Peronistas), la JUP (Juventud Universitaria Peronista), el MVP (Movimiento Villero Peronista), el MIP (Movimiento de Inquilinos Peronistas), y la UES (Unión de Estudiantes Secundarios).

Una de las características de la Tendencia era su gran poder de movilización, que venía con un gran impulso des-